

## **POR QUÉ LLORAS COMO UN LOCO**

*En casa del fariseo (Lc 7, 39-50).*

El Señor fue invitado a comer en casa de un fariseo. Se sentó a la mesa y *«he aquí que había en la ciudad una mujer pecadora que, al enterarse que estaba sentado a la mesa en casa del fariseo, llevó un vaso de alabastro con perfume, se puso detrás a sus pies llorando y comenzó a bañarlos con sus lágrimas, los enjugaba con sus cabellos, los besaba y los unguía con el perfume»* (Lc 7, 37-38).



Como era de esperar los fariseos se escandalizaron. ¡El «Maestro» dejándose tocar los pies por una pecadora! Intolerable.

No sabían que esa mujer se había encontrado con la mirada de Jesús; que su luz le llenó el corazón, como al parálitico, y le descubrió la basura que llevaba dentro. Se dio cuenta de que el amor de Cristo era capaz de limpiarle la ponzoña, devolverle a la dignidad de hija de Dios y dejarla hecha un sol. Pero esta pecadora da un paso más que el parálitico de la camilla. No sólo capta el mirar de Jesús que la invade, sino que ella se adentra a su vez con su mirada en el corazón de Cristo. Ahí ve el dolor causado por sus pecados. Entonces brotan las lágrimas, con tanta abundancia que es capaz de lavar con ellas los pies de Jesús. Su cabellera hermosa los enjuga. El anfitrión no había tenido el detalle de lavar los pies al visitante ilustre, del polvo habitual en los caminos, como era costumbre.

«Ver» lo que son los pecados personales en el corazón de Cristo es un don que Él no negará a quien lo pida con sencillez. Se comprende que el *amigo*, de aquella obra cumbre de la literatura del siglo XIII, «Llibre de l'amic e Amat», lllore desconsoladamente:

*-¿Por qué lloras como un loco,  
amigo del alma mía.  
Y el amigo respondía:  
-¡Lloro de llorar tan poco!*

Viendo a la mujer a los pies de Cristo, «el fariseo que lo había invitado, decía para sí: Si éste fuera profeta, sabría con certeza quién y qué clase de mujer es la que le toca: que es una pecadora. Jesús tomó la palabra y dijo: Simón, tengo que decirte una cosa. Y él contestó: Maestro, di. Un prestamista tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. No teniendo éstos con qué pagar, se lo perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le amará

más? Simón contestó: Estimo que aquel a quien perdonó más. Entonces Jesús le dijo: Has juzgado con rectitud. Y vuelto hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies; ella en cambio ha bañado mis pies con sus lágrimas y los ha enjugado con sus cabellos. No me diste el beso; pero ella, desde que entré no ha dejado de besar mis pies. No has ungido mi cabeza con óleo; ella en cambio ha ungido mis pies con perfume. Por eso te digo: le son perdonados sus muchos pecados, porque ha amado mucho. Aquel a quien menos se perdona menos ama. Entonces le dijo a ella: Tus pecados quedan perdonados. Y los convidados comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es éste que hasta perdona los pecados? El dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado; vete en paz» [Lc 7, 39-50].

A Santa Teresa de Lisieux esta escena del Evangelio de Lucas le planteó un problema: «yo no he cometido grandes pecados, ¿estoy condenada a amar menos a Jesús?». Era una grave cuestión para su alma enamorada, hasta que cayó en la cuenta de que Jesús había perdonado mucho a la mujer pecadora; pero a ella no menos, con una diferencia: a ella le había perdonado «antes» de cometer los pecados, quitándole la ocasión. Por eso tenía derecho a amar tanto y más a Jesús.

**Antonio Orozco Delclós**

Arvo.net, abril 2017